

La artista sostiene, tras abrirse puertas en China y Hungría, que “no se puede transar en el quehacer artístico”.

Por Carolina Abell Soffia

Verdes y ocres exaltan en su rostro. Son esos, sus ojos vibrantes los que reciben y dan acogida en una casa casi transparente como ella. Encaramada en la ladera de un cerro con nombre complicado, su hogar enfrenta el paisaje capitalino. Desde enormes ventanas, Pilar Ovalle (45) observa diariamente el valle de Lo Barnechea. Allí, trabaja y comparte con sus 7 hijos y el arquitecto Gonzalo Donoso.

Es genuina escultora y su obra ingresa al arte chileno en la década de 1990, desplegando energía como un torbellino. Hasta hoy ha estado en las galerías capitales relevantes y, mientras planea volver al Museo Nacional de Bellas Artes, reafirma su trayectoria internacionalmente. El año pasado viajó a Corea “con la obra en la maleta”. Hace poco estuvo en Lima y en febrero pasado participó en el II Simposio de Escultura de Puerto Natales, que organiza la artista Marcela Romagnoli. También se prepara para enfrentar la invitación del Mücsarnok (Museo de Arte) de Budapest (Hungría) donde participará, junto a otros artistas internacionales, en una significativa exposición de arte contemporáneo y naturaleza llamada “Pequeños Gestos” y que han curatoriado el profesor emérito Katalin Keserü y John K. Grande.

Su más reciente pieza urbana se expone, junto a la de otros escultores, en el jardín colgante del nuevo Centro Cultural de Lo Barnechea.

—¿Agotada?

—No, fascinada. Creo que mi obra es como un canto que entregar. Es para compartirla, para comunicarla como la vida.

Amor por la madera

En la década de 1980 pasó por el extinto Instituto de Arte Contemporáneo (IAC) que funcionaba en la Plaza Mulato Gil de Castro. Entonces, se acercó a la artista Elisa Aguirre. “Con su amor por la enseñanza y, por eso, postergando su tiempo de creación propia, me impulsó y yo, con ansias de saber y de hacer, continué”.

Sus jornadas transcurrían aparejadas con la maternidad y para asumir su “impostergable necesidad artística”, tuvo que ser creativa. “Vivía en el norte y, encontrar madera! ¡Allá? ¡Era imposible! En un principio, sacaba madera de ríos, recolectaba trozos podridos del bordemar y reciclaba despuentes. Mi escultura partió desde lo más mínimo y con eso armé mi puzle durante 15 años”, puntualiza. Además,



Pilar Ovalle

“Encuentro la felicidad con la escultura”

“¡era gratis! y constituía la única posibilidad de vincularme con la escultura”. Siguió uniendo trozos, pero las ansias por conocer técnicas antiguas y artesanales pronto fueron ineludibles. Requería saber de árboles y de maderas. Los mundos del mueble y de la ebanistería, junto a su admiración por el quehacer del lutier como también por la obra de otros, la llevaron a cultivar un oficio extraordinario. “Quería conocer la madera profundamente” y ¡así fue! Lo atestiguan más de 200 esculturas hechas por sus manos carpinteras.

Autodidacta

—¿Cuál fue la fórmula para ser escultora?

—Trabajo, trabajo y más trabajo.

Pronto “con los niños bien chicos, mostré mi obra”, explica, pero sobrevinieron nuevos cambios. Con casa, taller e hijos afrontó sola la realidad capitalina. Después, con fuerza de columna arquitectónica, superó dos cánceres y “nunca dejé la escultura, encuentro la felicidad con ella, hacerla es como entonar un canto que, en la vida, se debe compartir”.

—¿Te pesa ser casi autodidacta?



“

Aspiro a tener libertad para seguir. No me interesa estar haciendo esculturas para venderlas”.

—No. Siempre me dio lo mismo no haber estudiado. Mi afán por conocer las técnicas fue para conocer la materia, sólo para poder cubrir esa necesidad enorme que surge con un imaginario evocativo y resistente. Tenía furor por aprender para sacar adelante mis piezas. Busqué caminos metodológicos a través de libros. Me nutrí de los conocimientos de la carpintería japonesa e inglesa, de la chilota y de artesanos boteros... De allí en adelante, seguí inventando cómo unir pedazos chicos de madera sobre lino, creando cuerpos con ensambles, etc.

—Tu obra, en los 90, ¿nació como un tornado de emociones?

—Sí. Todo es una emoción, pues a partir de ellas entendemos y no al revés. La emoción es anterior a la razón. Cuando partí todavía estaba la idea bohemia del arte. Yo era muy distinta, necesitaba máximo orden, máximas disciplina y rigurosidad. No podría haber creado en el caos.

—¿Te sientes madura creativamente?

—Enfrento una nueva etapa. Recién puedo permitirme hacer esculturas que no sean vendibles. Crear desde esa condición es llegar a la máxima aspiración.

—Tuviste temprano reconocimiento artístico y recepción comercial, ¿qué es lo que no transarías?

—Aspiro a tener libertad para seguir. No me interesa estar haciendo esculturas para venderlas, porque desde que empecé me di cuenta de que era ahí donde apretaba el zapato. Es impensable no transar si necesitas la venta mensual. Para avanzar, me esforcé por conquistar una cierta independencia y por comprender cómo se trabaja.